

Progelio Istika B.

Cuaderno No 1.

COLECCIÓN ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

Los buenos autores al alcance de todos.

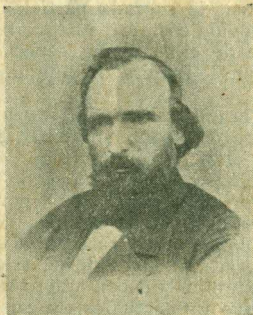
1.

FEDERICO AMIEL



FRAGMENTOS DE UN DIARIO ÍNTIMO

(Primera Serie 1)



FEDERICO AMIEL

Ensayista suizo, poeta y psicólogo

¹ Algunos fragmentos de Amiel por ahora. Quedan sin publicarse otros, que revelan una mentalidad más compleja en el amable pensador ginebrino y que serán motivo de otro Epítome de esta BIBLIOTECA.

Las selecciones que hoy se publican se han hecho sobre la buena traducción castellana de J. González Alonso, editada por *La España Moderna* de Madrid, en un volumen de 444 páginas.

Texto original: FRAGMENTS D'UN JOURNAL INTIME. 2 vols. Georg y C^o, Libreros-Editores de Ginebra, Suiza.

R.
860.5
©

Rogelio Sotela

AMIEL y su DIARIO 5

Es en vano que se trate de hallar en Amiel originalidad de pensamiento, un ideario sólidamente construido. En cambio, esperemos de este singular escritor observaciones agudas y sagaces; impresiones fuertes é intensas, espuestas en una forma viva y fantástica; un sentido de penetración profunda y casi de sagrada participación en los misterios de la vida cósmica; una exaltación de espíritu delante de ellos y una especie de fanática embriaguez, que le inspira un lenguaje extraordinario.

Dedicado á la meditación y al estudio, su vida transcurre pobre de acontecimientos. Nació en Ginebra (Suiza) el 27 de setiembre de 1821 y murió en la misma ciudad el 11 de mayo de 1881. Viajó mucho en su primera juventud² y por allí de los 28 años regresó á la patria, después de haber obtenido por concurso una cátedra. Tuvo pocos y fieles amigos, admiradores de su talento y vasto saber, que lo animaban con amorosa solicitud en las nobles obras intelectuales, y sus esperanzas parecían justificarse cada vez que algún trabajo de él se conocía.

NOTA.—Los lectores hallarán al final de estas páginas un GLOSARIO, que facilitará la comprensión del testo á quienes lo necesiten. Mi mayor y más vivo regocijo sería que hasta las personas de una cultura mediana entendieran el contenido de estos Epítomes. Para ello es preciso también y sobre todo, leerlos con gusto y meditándolos, no una ni dos veces, sino tres y cuatro, en voz alta de preferencia y de tiempo en tiempo.

² Por Italia, Alemania, Francia. Su estada en Alemania fue el único suceso que tuvo una gran importancia en el curso de su vida intelectual. Fue entonces cuando en él se desarrollaron esos hábitos mentales y esas tendencias particulares de su espíritu, que se revelan en sus escritos.

Pero mientras vivió, estas esperanzas fallaron en gran parte. En la Universidad ó como se llamó hasta 1876, en la Academia de Ginebra, enseñó primero estética, después filosofía, pero no parece que de su enseñanza quedaran huellas vivas y durables. Una enfermedad física, que soportó con ánimo fuerte aunque entristecido, vino á atormentarlo en los últimos años de su vida.

Pgs. 15 á 18

Vivió Amiel solitario y desdeñoso de los rumores y de las glorias mundanas; no por eso dejó de apesadumbrarse del silencio y del vacío que reinaba en torno suyo, y día por día, durante muchísimos años, hasta las últimas horas de su vida, vino anotando en su DIARIO impresiones, juicios, resultados de estudios, consideraciones sobre el desarrollo de los hechos humanos y sobre la moral, sobre la sociedad, sus más altos problemas personales junto con sus sentimientos más íntimos y caros, sobre las secretas esperanzas suspendidas en el misterio y amargamente engañosas. Se comprende que una obra semejante, con un contenido tan variado, por las meditaciones de toda clase recogidas y por las impresiones inmediatas, ejerza sobre nosotros un poderoso atractivo. Si en este libro hubiera un sistema orgánico de filosofía, espuesto en un tratamiento teóricamente ordenado, el mayor número se quedaría delante de él lleno de compungido respeto y aun mejor, si se quiere, de admiración, pero muy pocos se atreverían á examinarlo. Nuestro tiempo parece hacer suyo el dicho antiguo: *philosophari est necesse, at paucis; nam omnino haud placet.*¹

Pero sucede que del DIARIO se desprende una filosofía, casi espuesta como el fruto de esperiencias cotidianas, que pronto subyuga los espíritus; tanto más si se añade la curiosidad por esta vida, trascurrida noblemente en una obra de asidua meditación; por este hombre que lejos del mundo, y

¹ *Filosofar es necesario para pocos, porque no á todos agrada.*

en apariencia indiferente, observaba y escrutaba; y tenía sueños alegres y sonreía de esperanzas, emociones y afectos, aun cuando pareciera escéptico y desdeñoso de todo.

Pgs. 12 y 13

Sin embargo, la fama de Amiel como artista y como poeta no está confiada á sus versos¹: también la debe á su DIARIO. En él, la nitidez, la frescura, la vivacidad de las imágenes: en él resplandece de cuando en cuando una luz risueña que atavía todas las cosas y despierta los colores y penetra la profundidad y pone en relieve las cimas luminosas. «*Mañana embriagadora de bellezas, fresca como un corazón de dieciseis años y coronada de flores como una desposada*». Esta sí es visión poética y potente representación de la naturaleza. El alba primaveral, con sus vivos tonos y el cielo puro, le muestra los prados con un esmalte de brillante rocío, los setos verdes, con resplandores de viveza metálica y todo el paisaje aun sin hojas, pero bello, «*de una salud vigorosa, joven y fresca*». Y he aquí un paseo en una tarde estival (1880):

«*Retorno, dice, contento de haberme vuelto á poner en comunión con la naturaleza. Las aguas del Ródano y del Arve, el murmullo de las ondas, la austeridad de los ribazos, el brillo de las verduras, el estremecimiento de las hojas, la espléndida luz de julio, la radiante fecundidad de los campos, la lejana lucidez de las montañas, la blancura de los ventisqueros bajo la serenidad del azul, la frescura de la Jonction, los tallares del bosque de la Bâtie, todo me ha encantado. Me parecía haber vuelto á los años de la fuerza.*

»*Estaba inundado de sensaciones; estaba sor-*

¹ Los versos de Amiel están reunidos en los siguientes volúmenes: *Grains de mil, poésies et pensées* (en prosa estos últimos) 1854. *Penseroso. Poésies maximes*, 1858. *La part du rêve*, 1863. *L'escalade de MDCII* (balada histórica) 1875. *Charles le Téméraire* (romance histórico) 1876. *Les étrangers* (traducciones de poetas extranjeros) 1876. *Jour á jour*, 1877. Este volumen contiene su poesía *Oasis*, en el cementerio de Clarens, el sitio escogido por el poeta para su morada final.

prendido y agradecido. Me llevaba la vida universal. La caricia del estío me llegaba al corazón. Volvía á ver los horizontes inmensos, las cimas atrevidas, los lagos azules, los valles que dan vuelta, todas las libertades de otros tiempos. Esto no era, sin embargo, nostalgia. Era una impresión indefinible, sin esperanza, deseo, ni pesar; una especie de enternecimiento y de ímpetu, mezclado con admiración y ansiedad».

Esta bella página pertenece á los últimos años de su vida. Ni siquiera el alegre y vigoroso espectáculo de la naturaleza podía despertar un eco de regocijo en este corazón herido. Todavía vivió algunos meses más. Iban languideciendo sus fuerzas. El espíritu en vigilia seguía los avances del mal y se preparaba con firmeza para el gran día. Tenía junto á sí su DIARIO, á quien confiaba las últimas palpitaciones de su corazón, los últimos rayos de su pensamiento.

«En el lecho de muerte, escribía, el espíritu no debe ver más que las cosas eternas. Todas las mezquindades del tiempo se desvanecen. El combate ha cesado.» Un infinito deseo de perdón y de amor, un sentimiento de doliente ternura y de humana piedad aun animaban este espíritu, que había tenido tantos sueños alegres y tantas amarguras. En un luminoso día de otoño la misma naturaleza parece sugerirle voces arcanas:

«Paseo. Enternecimiento y admiración. Era tan bello, tan acariciador, tan poético, tan maternal! Los rayos solares, los follajes, el cielo y las campanas me decían: Recobra fuerza y valor, pobre muerto. Son los tiempos de la benevolencia: aquí el olvido, la calma, el reposo. Las faltas y las penas, las inquietudes y los disgustos, los cuidados y los agravios son un solo y mismo fardo. No distinguimos: aliviamos todas las miserias, difundimos la paz, somos el consuelo. Salud á los que están fatigados, salud á los afligidos, salud á los enfermos, á los pecadores, á todo el que sufre del corazón, de la conciencia y del cuerpo!

»Somos la fuente benéfica; bebed y vivid! Dios hace que salga su sol sobre justos é injustos. Su

munificencia no regatea las gracias, no las pesa como un cambista ni las cuenta como un cajero. Acercaos, que hay para todos!» (9 de octubre, 1880, CLARENS.)

Pero el otoño llegaba á su término: el himno de vida y de salud ya no resonó más. El cuerpo débil languidecía más y más. Noches de insomnio y sufrimiento: el asma lo ahogaba. Conciente de su próximo fin, lo esperaba sereno y tranquilo, y llamaba epicureo su forzado reposo. Es preciso, decía, domar el corazón con la paciencia; importa ceder el propio campo en la vida á los elementos jóvenes, «*activos, vivaces, fecundos*». Si los amigos lejanos lo recordaban veía en sus cartas otras tantas coronas arrojadas sobre un sepulcro; si recibía los saludos de sus discípulos y las flores de la hermana, veía en ellos otras tantas señales de que su mal empeoraba. El viernes santo de 1881, el día sagrado para la fiesta del dolor, tuvo un grito desgarrador:

«Conozco los días y las noches de angustia. Llevemos humildemente nuestra cruz... Ya no tienes porvenir. Tu deber es arreglar el presente, poner en orden tus asuntos. Procura concluir bien, puesto que ya no tienes que emprender, ni siquiera que continuar, nada». (15 de abril, 1881.)

Se extinguió tranquilamente en una mañana límpida de mayo. Ahora descansa en el cementerio de Clarens, cerca del lago azul, al pie de la montaña. Aquel era, como decía, su *Oasis*, el nido de césped y rosa, elegido por él como última morada:

*Champs de repos, frais asile,
Doux vestibule des cieux,
D'un sommeil religieux
Berçant la mort plus tranquille. 1*

Pgs, 23 á 26

Amiel seduce por lo que atesoraba en fuerza que no realizó, por las razones que le impidieron realizarla; por el contraste de los ideales entrevistos

¹ *Campo de reposo, fresco asilo, dulce vestibulo de los cielos, en donde un sueño religioso arrulla la muerte más tranquila.*

en las lontananzas radiantes y la realidad oscura, entre los fulgores del sueño y las sombras de la vida. Encantan las secretas ansiedades de esta alma, sus aspiraciones, la agitación de sus ideales. Seduce este corazón dolorido, que continúa palpitando generosamente; fascina por el análisis fino, la aguda penetración, con la cual este espíritu se ha examinado á sí mismo, ha señalado, día por día, los nobles afectos, los tristes lamentos, las esperanzas infecundas. Ciertamente que mucho de nuestra alma también hallamos en estas páginas. Leyéndolas, nos parece haber vivido parte de su vida, haber palpitado con él, habernos detenido, pensativos, en su compañía, frente á los umbrales del misterio. Este pensador todavía nos manda más de una augusta palabra desde su tumba silenciosa. Y por eso lo amamos: y por eso sentimos que muchas otras almas humanas, consagradas al dolor tanto ó más que él, le deben un tributo, de simpatía y de afecto.

Pg. II

CARLOS PASCAL

Apuntes traducidos del volumen
FEDERICO AMIEL: N^o 5, de la valiosa
serie PROFILI, que publica en Bo-
logna, Italia, el señor A. F. Formig-
gini.

Chicos y grandes

BERLIN, 28 de julio, 1848.—Juzgar á nuestra época desde el punto de vista de la historia universal, la historia desde el punto de vista de los períodos geológicos, y la geología desde el punto de vista de la astronomía, es un modo de emancipación del pensamiento. Cuando la duración de la vida de un hombre ó de un pueblo nos aparece tan microscópica como la de un mosquito, y, por el contrario, cuando la vida de un efímero nos aparece tan infinita como la de un cuerpo celeste con toda su polvareda de naciones, nos sentimos á la par muy pequeños y muy grandes, y podemos dominar, desde las más altas esferas, nuestra propia existencia y las pequeñas turbulencias que agitan á nuestra pequeña Europa.

Ven, buena Naturaleza

3 de junio, 1849.—Tiempo delicioso, fresco y puro. Largo paseo matinal. Sorprendido al ver en flor al oxiacanto y al rosal silvestre. Vagos y salubres olores de los campos. Los Voirons bordeados de una faja de neblina deslumbrante. Saleve vestido con bellos matices aterciopelados. Trabajos en los campos. Dos encantadores asnos ramoneando un seto vivo. Tres muchachos: he sentido una ansia desmesurada de abrazarlos. Gozar del descanso, de la paz de los campos, del buen tiempo de la comodidad; tener conmigo á mis dos hermanas; descansar mis ojos en praderas embalsamadas y en dilatados verjeles; oír cantar la vida sobre la hierba y en los árboles, ser tan dulcemente dichoso, no es demasiado? es merecido? Oh! gocemos de ello sin reprochar al cielo su benevolencia; gocémoslo con gratitud. Los malos días vienen dema-

siado pronto y demasiado numerosos. No tengo el presentimiento de la dicha. Tanta mayor razón para que nos aprovechemos de lo presente. Ven, buena Naturaleza, sonríte y encántame. Vélame por algún tiempo mis propias tristezas y las de los demás; no me dejes ver más que las colgaduras de tu manto de reina, y oculta las miserias bajo las magnificencias.

El instante del ideal

30 de setiembre, 1850.—Cada botón no florece más que una vez, y cada flor no tiene más que su minuto de perfecta belleza. Así, en el jardín del alma, cada sentimiento tiene su minuto floral, esto es, su momento único de gracia esplendente y de radiante majestad. El astro no pasa más que una vez cada noche por el meridiano sobre nuestras cabezas y no brilla en él más que un instante; así, en el cielo de la inteligencia no hay, si puedo atreverme á decirlo, para cada pensamiento más que un instante zenital, único, en que culmina en todo su brillo y en su soberana grandeza. Artista, poeta, pensador, apodérate de tus ideas y sentimientos en ese punto preciso y fugitivo para fijarlos ó eternizarlos, porque es su punto supremo. Antes de ese instante no tienes más que sus confusos esbozos ó sus oscuros presentimientos; después de él no tendrás más que reminiscencias debilitadas ó arrepentimientos impotentes. Ese instante es el del ideal.

La cita solemne

26 de marzo, 1851.—...Un escalofrío nos sobrecoge cuando se aclaran las filas, cuando la edad nos empuja, cuando nos aproximamos al zenit y nos dice el destino: «Muestra lo que hay en tí. Este es el momento, esta es la hora, ó vuelve á la nada! Tienes la palabra, ha llegado tu vez. Da tu medida, dí lo que tenías que decir, revela tu nulidad ó tu capacidad. Sal de la sombra. Ya no se trata de

prometer, hay que cumplir. Ya se ha terminado el tiempo del aprendizaje. Servidor, danos cuenta del uso que has hecho de tu talento. Habla ahora mismo ó cállate para siempre». Es una citación solemne en toda vida de hombre este llamamiento de la conciencia; solemne y terrible como la trompeta del Juicio final, que os grita: «Estás presto? Da cuenta. Da cuenta de tus años, de tu tiempo, de tus fuerzas, de tus estudios, de tu talento y de tus obras! Esta es la hora de los grandes corazones, la hora de los héroes y de los genios».

El desorden

15 de agosto, 1851.—Gran cosa es saber estar dispuesto. Facultad preciosa que implica cálculo, golpe de vista y decisión. Para esto es preciso saber cortar, porque no se puede desatar todo. Saber desprender lo esencial de las minucias que lo envuelven, porque no todo se puede conducir de frente; en una palabra, saber simplificar sus deberes, sus asuntos y su vida. Saber estar presto es saber partir.

Es sorprendente cuán enredados estamos ordinariamente con mil y un impedimentos y deberes que no son tales y que, sin embargo, nos empujotan con sus hilos de araña y dificultan el movimiento de nuestras alas. El desorden es el que nos hace esclavos. El desorden de hoy descuenta la libertad de mañana.

El escombramiento perjudica á toda comodidad, y el escombramiento resulta del aplazamiento. Saber estar presto es saber concluir. Sólo está hecho lo que está acabado. Las cosas que dejamos que se arrastren detrás de nosotros, se levantarán más tarde delante de nosotros y embarazarán nuestro camino. Que cada uno de nuestros días regularice lo que le concierne, liquide sus negocios, respete el día que le siga, y entonces estaremos siempre dispuestos. Saber estar presto es, en el fondo, saber morir.

Hora nocturna

AIX, 7 de setiembre, 1851.—Son las diez de la noche. Un rayo de luna, extraño y recogido por una brisa fresca, y un cielo atravesado por algunas nubes, hacen encantadora esta hora en nuestra terraza. Estos rayos dulces y pálidos dejan caer del zenit una paz resignada que penetra; es como el placer sereno ó la sonrisa pensativa de la experiencia, con cierto dejo estoico. Brillan las estrellas; los follajes tiemblan bajo reflejos argentados. Ni un ruido en la campiña; anchas sombras se abisman bajo las verdes calles de árboles y al volver de las escaleras. Todo es furtivo, misterioso y solemne.

Hora nocturna, hora de silencio y de soledad; tú tienes gracia y melancolía, enterneces y consuelas; tú nos hablas de todo lo que ya no es y de todo lo que debe morir; pero tú nos dices «valor!» y nos prometes el reposo.

El triple velo

2 de diciembre, 1851.—Haz en tí un sitio para el misterio; no te ares entero con la reja del examen, sino deja en tu corazón un pequeño ángulo en barbecho para las simientes que aporten los vientos, y reserva un rinconcito sombrío para las aves del cielo que pasen; ten en tu alma un lugar para el huésped que no esperas y un altar para el dios desconocido. Y si un pájaro canta en tu follaje, no te aproximes precipitadamente para domesticarlo. Y si sientes algo nuevo, pensamiento ó sentimiento, despertarse en el fondo de tu ser, no te apresures á llevar la luz ni la mirada; protege con el olvido al germen naciente, rodéale de paz, no abrevies su noche, permítele crecer y formarse y no divulgues tu dicha. Obra sagrada de la naturaleza, toda concepción debe envolverse en el triple velo del pudor, del silencio y de la sombra.

La opinión

3 de marzo, 1852.—La opinión tiene su valor y hasta su poder; tenerla contra sí es penoso tratándose de los amigos, nociva tratándose de los demás hombres. No hace falta adular á la opinión ni cortejarla; pero, si se puede, conviene hacer que, en lo que á vosotros se refiera, no tenga una falsa pista. Lo primero es una bajeza, lo segundo una imprudencia. Se debe tener vergüenza de lo uno, se puede lamentar lo otro. Ten cuidado de tí: te inclinas mucho á esta última falta que te ha causado bastantes perjuicios. Domeña, pues, tu arrogancia, desciende hasta llegar á ser hábil. En ese mundo de egoísmos hábiles y de ambiciones activas; en ese mundo de hombres donde hace falta mentir con la sonrisa, la conducta y el silencio tanto como con la palabra; en ese mundo que revuelve el alma recta y arrogante, hay que saber vivir. En él hay necesidad de éxito: prospera. En él no se reconoce más que la fuerza: sé fuerte. La opinión quiere que las frentes se inclinen á su ley: en lugar de ultrajarla, es preferible vencerla.

Comprendo la cólera del desprecio y la necesidad de aplastar que invenciblemente causa todo lo que se arrastra, todo lo que es tortuoso, oblicuo é innoble; pero no puedo permanecer durante mucho tiempo en este sentimiento, que es el de la venganza. Ese mundo lo constituyen hombres, y esos hombres son hermanos. No desterremos el sople divino. Amemos. Es preciso vencer al mal con el bien; es necesario conservar una conciencia pura. Aun desde este punto de vista, se puede prescribir la prudencia. Jesús ha dicho: «Sé sencillo como la paloma y astuto como la serpiente». Cuida de tu reputación, no por vanidad, sino para no perjudicar á tu obra y por amor á la verdad. Hay todavía busca de sí mismo en ese desinterés refinado que no se justifica para sentirse superior á la opinión. La habilidad consiste en parecer lo que uno es, la humildad sentir que uno es muy poca cosa...

Bienvenida primavera

2 de abril, 1852.—Qué bonito paseo! Cielo puro, sol levante, todos los tonos vivos, todos los contornos precisos, á no ser el lago dulcemente brumoso é infinito. Un *ojo* de escarcha espolvoreaba las praderas dando á los setos de boj verde una vivacidad metálica y á todo el paisaje, aun sin hoja, un matiz de salud vigorosa, de juventud y de frescura. «Baña, oh discípulo! tu ávido pecho en el rocío de la aurora», nos dice Fausto y tiene razón. El aire de la mañana sopla una nueva y riente energía en las venas y en la médula. Si cada día es una repetición de la vida, cada alba firma con la existencia un nuevo contrato. En el alba todo es fresco, fácil, ligero, como en la infancia. En el alba, la verdad espiritual es, como la atmósfera, más trasparente, y los órganos, como las hojas jóvenes, absorben más ávidamente la luz, aspiran más éter y menos elementos terrestres. Si la noche y el cielo estrellado hablan de Dios, de eternidad, de infinito á la contemplación, la aurora es la hora de los proyectos, de las voluntades, de la acción naciente. Mientras el silencio y la «melancólica seriedad de la bóveda azulada» inclinan al alma á recogerse, la savia y la alegría de la naturaleza se difunden en el corazón y le impulsan á vivir. La primavera está ahí. Las primulas y las violetas han festejado su llegada. Los melocotoneros abren sus flores imprudentes; los hinchados botones de los perales y de los lilares anuncian la próxima expansión; las madreselvas ya están verdes.

La tierra prometida

LANCY, *28 de abril, 1852, por la tarde.*—No volveré á encontrar algunos de aquellos prodigiosos delirios que yo tuve en otro tiempo: un día de mi adolescencia, en el alba, sentado en las ruinas del castillo de Faucigny; otra vez en la montaña bajo el sol del Mediodía, por cima de Lavey, acostado

al pie de un árbol y visitado por tres mariposas; una noche, también, sobre la arenosa playa del mar del Norte, la espalda en la playa y la mirada errante en la vía láctea; de esos ensueños grandiosos, inmortales, cosmogónicos en que se lleva el mundo en su pecho, se toca á las estrellas, se posee el infinito? Momentos divinos, horas de éstasis en que el pensamiento vuela de mundo en mundo, penetra el gran enigma, respira amplia, tranquila y profundamente como la respiración del océano serena y sin límites, como el firmamento azul; visitas de la musa Urania, que traza en derredor de la frente de los que ama el nimbo fosforescente de la potencia contemplativa, y que vierte en su corazón la embriaguez tranquila del genio, si es que no también su autoridad; instantes de intuición irresistible, en que uno se siente grande como el universo y con la calma de un dios. Desde las esferas celestes hasta el musgo y la concha, toda la creación nos está entonces sometida; vive en nuestro seno y realiza en nosotros su obra eterna con la regularidad del destino y el ardor apasionado del amor. Qué horas, que recuerdos! Sus vestigios nos bastan para llenarnos de respeto y de entusiasmo como las visitas del Espíritu Santo. Y caer de estas cimas en los horizontes sin límites, en los cenagosos pantanos de la trivialidad! Qué caída! Pobre Moisés! Tú también viste ondular en la lejanía los encantadores contornos de la tierra prometida, y tuviste que estender tus huesos fatigados en una fosa cavada en el desierto! Quién de nosotros no tiene su tierra prometida, su día de éstasis y su fin en el destierro? La vida real es, pues, una pálida falsificación de la vida entrevista, y estos deslumbrantes relámpagos de nuestra juventud profética qué suave hacen el crepúsculo de nuestra áspera y monótona virilidad!

Pasear sin objeto

LANCY, 29 de abril, 1852.—Esta mañana el aire estaba en calma, el cielo ligeramente nublado. He querido seguir en el jardín los progresos de la ve-

jetación. He pasado revista á los lirios y á los lilares de los arriates y bosquecillos. Encantadora sorpresa! Al volver de una calle de árboles semioculta en la hondura de un islote de arbustos y flores, un chorchoro de pequeñas hojas había florecido durante la noche. Fresco y elegante como un ramillete de bodas, el arbusto coronado brillaba á mi vista con todo el atractivo de una eflorescencia comenzada... Qué primaveral inocencia, qué elegante y púdica belleza en esas blancas corolas, discretamente abiertas como pensamientos que sonríen al despertar, colocadas sobre ese tierno follaje de un verde tan virginal como abejas en excursión ó como gotas de rocío!—Madre de las maravillas, misteriosa y tierna Naturaleza, por qué no vivimos más en tí? Los poéticos paseantes de Töpffer, sus Carlos, sus Julias, amigos y apasionados de tus secretas gracias, esos observadores arrobados y fascinados se presentaban á mi memoria como un reproche y una lección. El modesto jardín de una rectoral, el estrecho horizonte de una buhardilla, contienen para los que saben mirar y esperar, más enseñanzas que una biblioteca, así sea la biblioteca de «mi tío» ¹.—Sí: estamos demasiado atareados, demasiado enredados en muchos asuntos, demasiado ocupados, demasiado activos! Lee-mos demasiado! Es necesario saber arrojar á bordo todo su equipaje de inquietudes, de preocupaciones y de pedantería; volver á hacerse joven, sencillo, niño; vivir la hora presente, agradecido, cándido, feliz! Sí: es preciso saber estar ocioso, que no es dejarse dominar por la pereza. En la inacción atenta y recogida, nuestra alma borra sus pliegues, se distiende, se desarrolla y renace dul-

¹ Alude Amiel á La Biblioteca del tío Tom (*La Bibliothèque de mon oncle*), de la cual nos ha dejado una visión tan amable el tierno y delicado novelista suizo Rodolfo Töpffer. En tanto que el tío Tom, metido en su cuarto de infolios viejos y venerables, sabe todo lo que se aprende en los libros y nada de lo que se aprende en la calle, mientras él cree más en la ciencia que en las cosas mismas, su sobrino Julio, desde su bohardilla, observa lo que tiene á la vista, y por sí mismo hace el enriquecimiento espiritual propio, sin los préstamos de los libros.

amente como la hierba hollada del camino, y como la hoja magullada de la planta repara sus defectos, se hace nueva, espontánea, verdadera y original. El ensueño, como la lluvia de las noches, hace reverdecer las ideas fatigadas y palidecidas por el calor del día. Dulce y fertilizador, despierta en nosotros mil gérmenes dormidos. Distrayéndose, acumula materiales para el porvenir é imágenes para el talento. El ensueño es el domingo del pensamiento, y quién sabe cuál es más importante y más fecundo para el hombre: la tensión laboriosa de la semana ó el reposo vivificante del sábado? El pasear sin objeto, tan poéticamente alabado y cantado por Töpffer, no es solamente delicioso, sino también útil. Es un baño de salud que devuelve el vigor y la elasticidad á todo el ser, lo mismo al espíritu que al cuerpo. Es el signo y la fiesta de la libertad; es un banquete alegre y saludable: el banquete de la mariposa que revolotea y disipa el jugo de las flores en las laderas y en sus cercanías. Pero el alma es también una mariposa.

La palabra

LANCY, *domingo, 2 de mayo, 1852.*—...Les he hecho examinar de cerca las flores, los arbustos, los saltones y los caracoles, para ejercitarles en la observación, en la admiración y en la benevolencia ¹.

Qué importancia tan considerable tienen los primeros diálogos en la primera infancia! Yo sentía esto con una especie de religioso espanto. La inocencia y la infancia son sagradas. El sembrador que arroja el grano, el padre ó la madre que arrojan la palabra fecunda, realizan un acto de pontífice y no deberían hacerlo sino de una manera religiosa, con gravedad y como orando, porque trabajan en el reino de Dios. Toda semilla es una cosa misteriosa, caiga en el suelo ó en las almas.

¹ Refiérese Amiel á unos niños, con quienes ha pasado más de una hora de este día en el jardín.

El hombre es un colono; bien pensado, toda su obra es desarrollar la vida, sembrarla en todas partes; tal es la misión de la humanidad, y esta misión es divina. Su gran medio es la palabra. Nos olvidamos con demasiada frecuencia que el lenguaje es á la vez una siembra y una revelación. La influencia de una palabra en un momento oportuno, no es incalculable? Oh, la palabra! Cosa profunda; pero somos obtusos porque somos carnales. Vemos las piedras y los árboles del camino, los muebles de nuestras casas, todo lo que es cosa y materia; no distinguimos las falanjes de ideas invisibles que pueblan el aire y aletean perpetuamente al rededor de cada uno de nosotros.

El trato con los niños

6 de enero, 1853—El imperio de sí en la ternura: tal es la condición de la autoridad sobre la infancia. Que el niño no descubra en nosotros ninguna pasión, ninguna debilidad de que él pueda hacer uso; que se sienta incapaz de engañarnos ó de turbarnos, y nos sentirá superior á él por naturaleza, y nuestra dulzura tendrá para él un valor especialísimo, porque le inspirará respeto. El niño que puede comunicarnos cólera, impaciencia y agitación, se siente más fuerte que nosotros, y el niño no respeta más que la fuerza. La madre debe considerarse como el sol de su hijo, astro inmutable y siempre radiante en que la móvil criatura, pronta á las lágrimas y á las carcajadas, ligera, inconstante, apasionada é irascible, que acaba de recargarse de calor, de electricidad y de luz, se calma y fortifica. La madre representa el bien, la providencia, la ley, esto es, la divinidad en su forma accesible á la niñez. Si es apasionada, enseñará un Dios caprichoso, despótico, ó quizá varios dioses en discordia. La religión del niño depende de la manera de ser, y no de la manera de hablar de su madre y de su padre. El ideal interior é inconciente que guía su vida, es precisamente lo que impresiona al niño; sus palabras, sus amonestaciones, sus castigos, sus mismos raptos de cólera,

no son para él más que una comedia y una tronada; su culto, he ahí lo que presiente y experimenta por instinto.

El niño ve lo que somos á través de lo que queremos ser; de ahí su reputación de fisonomista. Estiende su poder lo más lejos que puede con cada uno de nosotros; es un diplomático muy fino. Sufre, sin saberlo, la influencia de cada uno, y la refleja trasformada según su propia naturaleza. Es un espejo de aumento. He aquí por qué el primer principio de la educación es: *edúcate á tí mismo*, y la primera regla que hay que seguir para apoderarse de la voluntad de un niño es: *hazte dueño de la tuya*.

El sueño

20 de marzo, 1853.—He velado solo, y dado dos ó tres veces una vuelta por el cuarto de los niños. Jóvenes madres, yo os comprendía. El sueño es el misterio de la vida; hay un encanto profundo en esa oscuridad que atraviesa el tranquilo fulgor de la lamparilla, y en ese silencio que mide la rítmica respiración de seres jóvenes dormidos. Se adivina que se asiste á una operación maravillosa de la naturaleza, y en manera alguna me sentía profano. Miraba y escuchaba sin hacer ruido, recogido, discreto y enternecido, esa poesía de la cuna, bendición antigua y siempre nueva de la familia, esa imagen de la creación dormida bajo el ala de Dios; y de nuestra conciencia volviéndose á sumir en la sombra para descansar del pensamiento; y de la tumba, ese lecho divino donde el alma á su vez viene á reposar de la vida.

Dormir es tamizar sus emociones, depositar su limo, calmar su alma, curar su fiebre, volver á entrar en el seno de la maternal naturaleza y rehacerse en él bueno y fuerte. El sueño es una especie de inocencia y de purificación. Bendito sea aquel que lo ha dado á los pobres hijos de los hombres como compañero fiel y seguro de su vida, como reparador y consolador cotidiano.

La enfermedad

17 de abril, 1860.—Las aves nocturnas han volado; estoy mejor. Pude dar mi paseo de costumbre por la Trille. Todos los botones estaban abiertos y los jóvenes retoños verdeaban en todas las ramas. El efecto que producen en un enfermo el murmullo de las claras aguas, el regocijo de los pájaros, la naciente frescura de las plantas, los ruidosos juegos de la infancia, es singular; ó más bien me parecía singular mirar con ojos de enfermo y de moribundo, y entrar en esa forma de existencia. Esta mirada es bien melancólica. Uno se siente en entredicho de la naturaleza, fuera de su comunión, porque ella es la fuerza, la alegría y la salud eterna. «Plaza á los vivos, nos grita: no vengais á oscurecer mi azul con vuestras miserias. A cada uno su vez: retiraos!» Para darse valor es preciso decirse: «No; el sufrimiento y la decadencia son buenos para dejarse ver del mundo, dan sabor á la alegría de los imprevisores, y es una advertencia á los cuidadosos. Se nos ha prestado la vida, y debemos á nuestros compañeros de camino el espectáculo del empleo que hacemos de ella hasta el fin. Es preciso mostrar á nuestros hermanos cómo se debe vivir y cómo se debe morir. Estos primeros llamamientos tienen, por otra parte, un valor divino: nos hacen entrever los bastidores de la vida, sus espantosas realidades y su última, obligada, clausura; nos enseñan la simpatía; nos aconsejan rescatar el tiempo mientras hay día; nos enseñan la gratitud por los bienes que nos quedan y la humildad por los dones que poseemos. Estos males son, pues, un bien; son un llamamiento de lo alto, un latigazo paternal».

Cuán frágil es la salud y qué delgada es la envoltura que defiende nuestra vida del engullimiento del exterior ó de la desorganización interior! Un soplo, y la navecilla se raja ó zaborda; un nada, y todo está comprometido; una nube, y todo es tinieblas. La vida puede muy bien compararse con la flor de la hierba, que una mañana marchita

y un aletazo abate; es como la lámpara de la viuda, que un airecillo apaga. Para sentir con viveza la poesía de las rosas de una mañana, es preciso salir de las garras de ese buitre que se llama enfermedad. El fondo y el realce de todo es el cementerio. La única certidumbre en este mundo, de vanas agitaciones y de inquietudes infinitas, es la muerte, y esto, el dolor, que es la anticipación y la monedita de la muerte.

Mientras desviamos los ojos de esta implacable realidad, se nos oculta el aspecto trágico de la vida; tan pronto como se la mira frente á frente se vuelven á encontrar las verdaderas proporciones de todas las cosas, y vuelve á entrar la solemnidad en la existencia. Nos apercibimos con claridad que habíamos jugado y nos habíamos enfadado; que habíamos retozado y olvidado, y que no habíamos tenido razón.

Hay que morir y dar cuenta de su vida; he ahí, en toda su sencillez, la gran enseñanza de la enfermedad. Haz al momento lo que tengas que hacer; vuelve al orden, cuídate de tu deber, prepárate para la partida; esto es lo que gritan la conciencia y la razón.

Sin egoísmos

4 de setiembre, 1861.—Me gustan todas las mujeres, como si todas me tuvieran en prenda una partícula de mi ideal ó mi mismo ideal. Yo las envuelvo con mi simpatía como el asilo, el santuario, el refugio de los dolores, de los goces y de los afectos; como la celeste provisión de mansedumbre y de bondad sobre la tierra; y cuando obedezco por completo á mi naturaleza, se sienten tan perfectamente amadas, protegidas y comprendidas, que me devuelven mi benevolencia.

...Yo comprendo que, en este punto, no tengo egoísmo: yo no retengo nada para mí. En el fondo, mi placer predilecto es infundir el gozo en las almas. Propendo á la armonía de los sentimientos con todo lo que me rodea y está cerca de mí. Regocijar y desplegar, comprender y consolar; me

parece que esto es todo lo que pido á la vida.....

Está en mi naturaleza ser previsor, compasivo, simpático; abandonarme á la vida colectiva, procurar hacer dichosos á las bestias y á las personas, caritativo para todas las vidas, amante para todos los corazones.

Amar y pensar

18 de mayo, 1862.—Vuelto después de una hora, acabo de cantar todos los aires del mundo en mi cuarto solitario. De dónde me viene esta alegría? De una tarde saludable en agradable sociedad y de un conjunto de dulces impresiones. Amaba todo lo que estaba en mi derredor, y mi simpatía se me devolvía en afecto. Puse en movimiento á todos nuestros amigos, los parientes, los niños y los huéspedes; he reído, jugado y loqueado; he vuelto á la sencillez infantil, al placer candoroso y elemental, que hace tanto bien. Sentía la influencia irresistible y conquistadora de la bondad, que multiplica la vida, como el rocío multiplica las flores...

Todavía siento dentro de mí tesoros de candor y de abnegación para la época en que la vida de dos y la paternidad vengan á reclamarlas. No tengo ninguna ambición mundana; la vida de familia y la de la inteligencia son las únicas que me sonríen. Amar y pensar son mis únicas necesidades exigentes é indestructibles. Con el espíritu sutil, sinuoso, complejo y camaleón, tengo el corazón de niño; no me gusta más que la perfección ó la broma, los dos extremos opuestos. Los verdaderos artistas, los verdaderos filósofos y los verdaderos creyentes apenas se encuentran á gusto más que con la sencillez de los niñitos ó la sublimidad de las obras maestras, esto es, con la naturaleza pura ó con el ideal puro. En mi pobreza siento de una manera semejante. Todo lo intermedio me hace sonreír. Bien conozco que hay que acomodarse á ello; pero mis gustos están en otra parte. La semi-ciencia, el semitalento, la semidelicadeza, la semi-elegancia, el semimérito, tal es el mundo; y qué hacer de este mundo sino una escuela de paciencia

y de dulzura? Pero para la bondad ya no tengo ni crítica, ni resistencia, ni reserva: se lo perdono todo porque pasa por todas las cosas. Tengo hambre y sed de bondad sencilla, porque la burla, la sospecha, la malevolencia, la envidia, la amargura, los juicios temerarios y la malicia corrosiva usurpan hoy un lugar creciente, y hacen en la sociedad la guerra de todos contra casi todos, y en la vida privada la aridez del desierto.

Tres obreros

2 de abril, 1864. — Chubascos y caprichos de abril, chaparrones de sol seguidos de rayos de lluvia, accesos de lágrimas y de risas de un cielo caprichoso; ventiscas y borrascas. El tiempo se parece á una niña revoltosa, que cambia de aspecto y de voluntad veinte veces en la misma hora. Es un beneficio para las plantas, es el aflujo de la vida en las venas de la primavera. El circo de las montañas de nuestro valle está blanco hasta el pie; pero dos horas de sol bastarían para fundir esta ligera nieve. Nuevo capricho, sencilla decoración, presta á enrollarse al silbido del maquinista.

Cuán bien se siente la infijable movilidad de todas las cosas! Aparecer y desvanecerse, tal es toda la comedia del universo y la biografía de todos los individuos, cualquiera que sea la duración del ciclo de existencias que describan. Toda vida es la sombra de un humo, un gesto en el vacío, un jeroglífico trazado un momento sobre la arena y que un instante después borra un soplo, la burbuja de aire que acaba de abrirse y crepitar en la superficie del gran río del sér, una apariencia, una vanidad, un nada. Pero, sin embargo, esa nada es el símbolo del sér universal, y esa efímera burbuja es un breve compendio de la historia del mundo.

El hombre que ha ayudado imperceptiblemente á la obra del mundo, ha vivido; y también ha vivido el hombre que tiene alguna conciencia de esa obra. El hombre sencillo sirve, por su acción, como rodaje; el pensador sirve, por su pensamiento,

como luz; el meditativo, que levanta y consuela y sostiene á sus compañeros de camino, mortales y fugitivos como él, hace una obra todavía mejor, pues reúne las otras dos utilidades. La acción, el pensamiento y la palabra, son tres modos iguales de la vida humana. El artesano, el sabio y el orador son tres obreros de Dios. Hacer, encontrar, enseñar: las tres cosas son trabajo, las tres son buenas, las tres necesarias. Fuegos fatuos, podemos, sin embargo, dejar una huella; meteoros, podemos prolongar nuestra inanidad precedera en el recuerdo de los hombres, ó cuando menos en la contestura de los acontecimientos ulteriores. Todo desaparece, pero nada se pierde, y la civilización, ó ciudad del hombre, no es más que la inmensa pirámide espiritual construida con las obras de todo lo que ha vivido bajo la forma de sér moral, como nuestras montañas calcáreas están formadas con los restos de millares de millones de seres anónimos que han vivido bajo forma de animales microscópicos.

La dicha

3 de abril, 1865.—Qué médico vale lo que el poder de una centella de dicha y un solo rayo de esperanza? El gran resorte de la vida está en el corazón. La alegría es el aire vital de nuestra alma. La tristeza es un asma complicada con atonía. Nuestra dependencia de las circunstancias ambientales va creciendo con nuestro debilitamiento, y nuestra radiación constituye, por el contrario, nuestra libertad. La salud es la primera de las libertades, y la dicha da la fuerza, que es la base de la salud. Así, pues, hacer dichoso á alguien es, en rigor de verdad, aumentar su sér, doblar la intensidad de su vida, revelar le á sí mismo, agrandar le y, á las veces, trasfigurarle. La dicha borra la fealdad y hasta constituye la belleza de la belleza. Para dudar de esto es preciso no haber visto nunca despertarse en una mirada límpida el fulgor de las primeras ternuras. La misma aurora es inferior á esta maravilla.

Para el filósofo materialista lo bello no es más que una coincidencia fortuita, por consecuencia, rara; para el filósofo espiritualista lo bello es la regla, la ley, lo universal, aquello á que vuelve toda forma inmediatamente que se retira el accidente.

Por qué somos feos? Porque no estamos en el estado angélico, porque somos malos, morosos y desgraciados.

El heroísmo, el éstasis, la oración, el amor y el entusiasmo, trazan la aureola en derredor de una frente, porque desprenden al alma que hace trasparente su envoltura y radía en seguida en derredor de sí. La belleza es, pues, un fenómeno de espiritualización de la materia: es un *emparaisamiento* momentaneo del objeto ó del sér privilegiado, y un como favor caído del cielo sobre la tierra para recordar el mundo ideal. Estudiarla es, pues, platonizar casi inevitablemente. Así como una corriente eléctrica puede hacer luminosos los metales y revelar su esencia por el color de su llama, la vida intensa y la alegría suprema embellecen hasta el deslumbramiento á un simple mortal. El hombre no es nunca más verdaderamente hombre que en el estado divino.

En suma: el ideal es más verdadero que lo real, porque el ideal es el momento eterno de las cosas perecederas; es su tipo, su cifra, su razón de ser, su fórmula en el libro del Creador, y, por consecuencia, su espresión más justa al mismo tiempo que la más sumaria.

Mi chal montañés

11 de abril, 1865.—Medido y probado el capote gris perla, con el cual se deseaba reemplazar mi chal montañés. El viejo servidor que me ha acompañado desde hace diez años á todas mis escursiones, y que trae á mi memoria tantos recuerdos poéticos y encantadores, me agrada más que su brillante sucesor, por más que éste me haya sido ofrecido por una mano amiga. Pero hay algo que pueda sustituir al pasado? Y los testigos de nues-

tra vida, aunque sean inanimados, no tienen un lenguaje para nosotros? Glion, Villars, Albisbrunnen, el Righi, el Chamossaire y otros tantos parajes, han dejado algo de ellos mismos en las mallas de este tejido que forma parte de mi biografía íntima.

Por otra parte, el capote es el único traje caballeresco del viajero actual, el único que puede ser útil á otro que á él y prestar á las señoras los servicios más variados. Qué de veces el mío les ha servido de cojín, de manto y de abrigo sobre el húmedo césped del prado, ó sobre los asientos de dura roca, ó contra la frescura de la sombra de los abetos en los descansos, marchas, lecturas y conversaciones de la vida de montaña! Qué de amables sonrisas me ha valido! Hasta sus rotos, todo en él me es querido, porque sus heridas son anécdotas, sus cicatrices son galones por años de servicio.

Un avellano en Jaman, una correa en Frohnalp y un escaramujo en Charnex, fueron los que hicieron las desgarraduras, averías que luego repararon agujas de hadas.

*Mon vieux manteau, que je vous remercie,
Car c'est á vous que je dois ces plaisirs!*¹

Y no ha sido para mí un amigo en el sufrimiento, un compañero de la buena y de la mala fortuna? Me hace pensar en aquella túnica del centauro que no se le podía quitar sin arrancar carne y sangre de su dueño. Yo no lo sacrificaré de buena gana, por piedad á mi juventud desvanecida y por gratitud á mi destino. Este pingajo tiene por cadena impresiones alpestres, y por trama, afecciones. Canta también á su manera:

*Pauvre bouquet, fleurs aujourd' hui fanées!*²

Y esta melancólica canción es de aquellas que remueven el corazón, mientras que profanas orejas ni la comprenden ni la oyen.

¹ Viejo capote, puesto que á tí debo estos placeres, cuánto te los agradezco!

² Pobre ramillete, de flores hoy marchitas!

Qué puñalada la frase: «tú has sido», cuando su sentido es perfectamente claro para nosotros! Uno se siente descender poco á poco á su tumba. Este pretérito perfecto suena como el toque de agonía de nuestras ilusiones sobre nosotros mismos. Lo que pasó ha pasado. Los cabellos grises ya no volverán á ser bucles negros; las fuerzas, las facultades y los atractivos de la juventud han pasado con los bellos días.

Plus d'amour, partant plus de joie. ¹

Qué duro es envejecer cuando uno ha fracasado en la vida, cuando no se puede ostentar ni la corona viril ni la corona paternal! Es triste sentir cómo declina la inteligencia antes de haber hecho su obra, y cómo declina el cuerpo antes de haberse visto renacer en aquellos que deben cerrarnos los ojos y honrar nuestro nombre. Cómo nos hiere la trágica solemnidad de la existencia, cuando una mañana, al despertar, oímos estas lúgubres palabras: «Demasiado tarde!» El reloj de arena ha dado la vuelta; ha fenecido el término. No has cosechado? Mal hecho. Has soñado, te has dormido, has olvidado? Tanto peor. Cada cual se recompensa ó se castiga á sí mismo. A quién ni de quién te quejarás? Ay!

Jornada nupcial

MORNEX, 21 de abril, 1865.—Mañana embriagadora de bellezas, fresca como un corazón de dieciseis años y coronada de flores como una desposada. La poesía de la juventud, de la inocencia y del amor me ha inundado el alma. Hasta esos ligeros vapores que andan errantes por el fondo de las llanuras, imagen del pudor que vela los atractivos y envuelve en el misterio los más dulces pensamientos de la virgen, todo acariciaba á mis ojos y hablaba á mi imaginación. Jornada nupcial y reli-

¹ *Más amor, por consiguiente más alegría.*

giosa. Así, los maitines que sonaban en alguna aldea lejana, se armonizaban maravillosamente con el himno á la naturaleza.

Orad, decían; adorad, amad al Dios paternal y bienhechor! Era el acento de Haydn, el júbilo infantil, la cándida gratitud, la alegría radiante y paradisiaca en la que todavía no aparecen ni el mal ni el dolor; el arrobamiento ingenuo y sagrado de Eva, el primer día de su despertar en el mundo naciente. Cuán buenas cosas son la emoción y la admiración! Es el pan de los ángeles, el eterno alimento de los querubines y serafines.

Yo todavía no he sentido el aire tan puro, tan vivificante, tan etéreo desde hace cinco días que muy pronto hará que estoy aquí. El respirar es ya una beatitud. Se comprenden las delicias de la existencia del ave, la emancipación de la pesantez, la vida luminosa que recuerda el Empíreo que flota en el espacio azul y junta de un vuelo todos los horizontes. Es preciso tener mucho aire debajo de sí para conocer esa emancipación interior y esa ligereza del sér. Cada elemento tiene su poesía; pero la poesía del aire es la libertad.—Vamos, soñador, á la tarea!

Las lágrimas

25 de junio, 1865.—Se puede adivinar el por qué de una lágrima. y encontrarlo demasiado delicado para traducirlo. Una lágrima puede ser el resumen poético de tantas impresiones simultáneas, la quintaesencia combinada de tantos pensamientos contrarios! Es como una gota de esos elixires preciosos del Oriente que contienen el espíritu de veinte plantas confundido en un solo aroma. En ocasiones es la misma excesiva plenitud del alma lo que desborda de la copa del ensueño. Lo que no se puede, lo que no se sabe, lo que no se quiere decir, lo que uno se niega á confesarse á sí mismo; los deseos confusos, las penas secretas, las tristezas sofocadas, las resistencias sordas, las penas inefables, las emociones combatidas, las turbacio-

nes ocultas, los temores supersticiosos, los sufrimientos vagos, los presentimientos inquietos, las quimeras contrariadas, los golpes recibidos por nuestro ideal, las languideces implacables, las esperanzas vanas, la multitud de molestias indiscernibles que se acumulan lentamente en un escondrijo del corazón como el agua aljofara sin ruido la bóveda de una oscura caverna: todas esas agitaciones misteriosas de la vida interior desembocan en un enternecimiento que se concentra en una lágrima, diamante líquido en el borde de los párpados.

Por lo demás, las lágrimas espresan lo mismo el júbilo que la tristeza. Son el símbolo de la impotencia del alma para contener su emoción y para permanecer dueña de sí misma. La palabra es un análisis; cuando estamos trastornados por la sensación ó por el sentimiento, cesa el análisis, y con él la palabra y la libertad. Nuestro único recurso, después del silencio y el estupor, es el lenguaje de acción, la mímica. La opresión del pensamiento nos vuelve á conducir al grado anterior á la humanidad: al gesto, al grito, al suspiro, y, en fin, al desfallecimiento y al vértigo. Es decir, que, incapaces de soportar el exceso de nuestras sensaciones como hombres, recaemos sucesivamente al estado del sér animado, luego al del sér vegetal. Dante se desvanecía á cada paso en su viaje por el infierno. Y nada pinta mejor la violencia de sus emociones y el ardor de su piedad.

...Y el júbilo intenso? También se recoge y se calla. Hablar es dispersar. El discurso aísla y localiza la vida en un punto, la desparrama en la circunferencia del sér, analiza, no trata más que de una cosa á la vez; de esta manera descentraliza la emoción, y por lo mismo la refresca. El corazón prefiere permanecer concentrado sobre su sentimiento, al que recalienta y protege; su dicha es meditativa, silenciosa, y se escucha palpar y se paladea á sí misma.

Religión

28 de abril, 1866.—...La cuestión de lo sobrenatural ha dividido la Iglesia protestante en Francia en dos. Los liberales insisten sobre el derecho individual; los ortodoxos en la noción de la Iglesia. Es verdad que una Iglesia es una afirmación, y que subsiste por un elemento positivo, una creencia definida; el elemento crítico completamente puro la disuelve. El protestantismo es una combinación de dos factores: la autoridad de las Escrituras y el libre examen; desde el momento en que uno de los factores esté amenazado ó desaparezca, el protestantismo desaparece; una nueva forma de cristianismo le sucede: por ejemplo, la Iglesia de los Hermanos del Espíritu Santo ó la del Teísmo cristiano. Por mi parte no veo ningún inconveniente en este resultado; pero creo lógicos á los amigos de la Iglesia protestante en su negativa á abandonar el Símbolo de los apóstoles é ilógicos á los individualistas, al creer conservar al protestantismo sin la autoridad.

La cuestión de método separa los dos campos. Me separo de ambos en lo que respecta al fondo. En mi sentir, el cristianismo es ante todo religioso, y la religión no es en modo alguno un método: es una vida, una vida superior y sobrenatural, mística por su raíz y práctica por sus frutos, una comunión con Dios, un entusiasmo profundo y sereno, un amor radiante, una fuerza que obra, una felicidad que se esplaya; en una palabra, la religión es un estado del alma. Estas querellas sobre el método tienen su valor; pero tal valor es secundario, pues no consuelan á un corazón ni edifican á una conciencia. Por eso yo no me siento interesado ni enamorado por estas luchas eclesiásticas. Que unos ú otros obtengan la mayoría ó la victoria, lo esencial no cosechará ningún provecho, porque la dogmática, la crítica y la Iglesia no son la religión, y la religión, el sentimiento divino de la vida, es lo que importa. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os concederá por añadidura». El más cristiano es el más

santo, y este criterio es el menos engañoso. «En esto reconoceréis á mis discípulos: en que se aman unos á otros».

Tanto vale el individuo cuanto valga su religión. El instinto popular y la razón filosófica coinciden en este criterio. Sed piadoso y bueno, heroico y paciente, fiel y abnegado, humilde y caritativo: el catecismo donde hayais aprendido esto está justificado. Por la religión se vive en Dios, y por todas esa querellas no se vive más que con los hombres y las casacas negras. No hay, pues, equivalencia.

La perfección como fin, un ejemplo como sostén, lo divino probado por su sola excelencia. No es este todo el resumen del cristianismo? Dios todo en todos, no es su consumación?

Los animales

6 de octubre, 1866.—He recogido en la escalera un gatito muy pequeño, amarillento, muy feo y en estado deplorable. Ahora, enroscado en una silla, á mi lado, parece completamente feliz; ya no pide nada. Lejos de ser hurafío, no ha consentido en entretenerse fuera de mi presencia, y me ha seguido de pieza en pieza mientras yo iba y venía. No tengo nada que sea comestible en la casa, pero le doy lo que tengo, á saber, una mirada y caricias, y esto le basta, por lo menos por el momento. Animalitos, niñitos, jóvenes vidas, esto es ya algo para la necesidad de protección y de dulzura.—Se me ha dicho que los seres débiles se sienten tan bien cerca de mí! Esto se debe, sin duda, á una influencia particular, especie de fuerza benéfica que emana de mí cuando estoy en estado simpático. Tengo la percepción directa de esta fuerza, pero no por ello estoy orgulloso; en manera alguna me la apropio, sé que es un don. Poco falta para que los pájaros aniden en mi barba como en la toca de los santos de catedral.

En el fondo, ese es el estado natural y la verdadera relación del hombre con las criaturas inferiores. Si el hombre fuera conforme á su tipo, sería de buen corazón, adorado por los animales, de los

que no es más que el tirano caprichoso y sanguinario. La leyenda de San Francisco de Asís no es tan legendaria como se piensa, y no es muy seguro que los animales más feroces hayan atacado al hombre los primeros. Pero no exageremos y dejemos á un lado las bestias de presa, los carniceros y los rapaces. Cuántas otras especies, por millares y decenas de millar, que no piden más que paz y con las que no queremos más que guerra brutal! Es nuestra raza la que, con mucho, es la más destructora, la más malhechora, la más temible de las especies del planeta. Ha llegado á inventar para su uso el derecho del más fuerte, un derecho divino que tranquiliza su conciencia respecto de los vencidos y de los aplastados; ha puesto fuera del derecho todo lo que tiene vida, salvo ella misma. Irritante y manifiesto abuso, insigne é indigno ataque á la justicia, acto de mala fe y de hipocresía que renuevan en pequeño todos los usurpadores afortunados! Siempre se hace á Dios cómplice, á fin de legalizar con ello las propias iniquidades. Los *Te Deum* son el bautismo de todas las carnicerías triunfantes, y los clerics han tenido bendiciones para todos los escándalos victoriosos. Esto se aplica de pueblo á pueblo y de hombre á hombre, porque esto ha comenzado en las relaciones del hombre con el animal.

Hay en esto una espiación no advertida, pero justísima. Todo crimen se paga, y la esclavitud recomienza entre la humanidad los sufrimientos impuestos brutalmente por el hombre á los demás seres vivientes. La teoría lleva sus frutos.—El derecho del hombre sobre la bestia me parece cesar con la necesidad de defensa y de subsistencia. Así, la muerte y tortura no necesarias son cobardías y hasta crímenes. Un servicio de utilidad impuesto al animal, impone al hombre un censo de protección y de bondad. En una palabra, el animal tiene derechos sobre el hombre, y el hombre tiene deberes para con el animal. Sin duda el budismo exagera esta verdad, pero los occidentales la desconocen. Y vendrá un día en que la virtud de la humanidad será más exigente que hoy. *Homo*

*homini lupus*¹, ha dicho Hobbes. Una vez el hombre será humano para el lobo, *homo lupo homo*.

Nuestra ley

GINEBRA, 11 de enero, 1867.

*Eheu fugaces, Postume, Postume,
Labuntur anni...*²

Oigo caer distintamente las gotas de mi vida en el abismo devorador de la eternidad. Siento huir mis días al encuentro de la muerte. Todas las semanas ó años que me restan para beber la luz del sol, no me parecen apenas más que una noche, una noche de estío que no hay para qué tomar en cuenta, porque va á concluir.

La muerte, el silencio, el abismo! Misterios espantosos para el sér que aspira á la inmortalidad, á la dicha y á la perfección! Dónde estaré mañana, en poco tiempo, cuando ya no respire? Dónde estarán aquellos á quienes amo? dónde vamos? qué somos? Los eternos problemas se levantan ante nosotros en su implacable solemnidad. Misterios en todas partes! La fe por toda estrella en estas tinieblas de la incertidumbre...

No importa, mientras el universo sea la obra del Bien y la conciencia del deber no nos haya engañado!—Dar felicidad y hacer bien: he allí nuestra ley, nuestra áncora de salud, nuestro faro y nuestra razón de ser. Todas las religiones pueden derribarse; mientras aquella subsista, tenemos todavía un ideal y vale la pena de vivir.

La religión del amor, del desinterés y del sacrificio, dignificará al hombre mientras sus altares

¹ *El hombre es un lobo para el hombre*, pensamiento del viejo poeta latino Plauto, con el que quiso decir que el hombre amenudo perjudica mucho á sus semejantes. Aforismo cruel, que bien puede servir de santo y seña á una escuela como la del gran filósofo inglés Tomás Hobbes (1588-1647), escuela que preconiza el estado de guerra como el estado natural del hombre.

² *Cuán fugaces, ay! Póstumo, Póstumo, resbalan los años...*

HORACIO, *Odas y Epodos*, Lib II, N^o 14.

no sean abandonados, y nadie puede destruirlos para tí mientras tú te sientas capaz de amar.

La infancia

26 de enero, 1868.—Bendita sea la infancia que trae un poco de cielo en medio de las rudezas terrestres! Esos ochenta mil nacimientos cuotidianos de que habla la estadística, son una especie de efusión de inocencia y de frescura que lucha, no solamente contra la muerte de la especie, sino contra la corrupción humana y la gangrena universal del pecado. La cantidad de buenos sentimientos que nacen alrededor de las cunas y de la infancia es uno de los secretos de la Providencia general; suprimase este rocío refrescante, y la refriega de las pasiones egoístas desecará, como el fuego, la sociedad humana. Suponiendo que la humanidad estuviera compuesta de mil millones de personas inmortales, cuyo número no pudiera aumentar ni disminuir, dónde estaríamos y qué seríamos, gran Dios? Mil veces más sabios sin duda; pero mil veces más malos. La ciencia se acumularía; pero todas las virtudes que engendra el sufrimiento y la abnegación, esto es, la familia y la sociedad, estarían muertas. No habría compensación.

Bendita sea la infancia por el bien que hace y por el bien que ocasiona, sin saberlo ni quererlo, haciéndose amar y dejándose querer. El poco paraíso que todavía se ve en la tierra, se debe á su presencia. Sin la paternidad y sin la maternidad, yo creo que ni el mismo amor bastaría para impedir á los hombres inmortales que se devoraran unos á otros (los hombres, entendámonos, tales como los han hecho nuestras pasiones). Los ángeles no necesitan del nacimiento ni de la muerte para soportar la vida, porque su vida es celeste.

Solidaridad

19 de marzo, 1868.—...Es muy raro que los burlesos se sacrificuen. Y cómo habían de hacerlo? La

abnegación es seria, y es salirse de su papel el dejar de reir. Para sacrificarse es necesario amar; para amar es preciso creer en la realidad de lo que se ama, saber sufrir, olvidarse de sí, entregarse; en una palabra, hacerse serio. El eterno reir es el aislamiento absoluto, es la proclamación del perfecto egoísmo. Para hacer bien á los hombres hay que compadecerlos, no desdeñarlos y no decir de ellos «imbéciles!» sino «desdichados!» El escéptico pesimista y nihilista parece menos glacial que el ateo chocarrero; qué dice el sombrío Ahasverus?

*Vous qui manquez de charité,
Tremblez á mon supplice étrange:
Ce n'est point sa divinité,
C'est l'humanité que Dieu venge!*¹

Más vale perderse que salvarse completamente solo, y es agraviar á la especie querer tener razón sin compartir su razón. Es, por otra parte, una ilusión imaginar la posibilidad de semejante privilegio, cuando todo prueba la solidaridad de los individuos y cuando ninguno puede pensar más que con el pensamiento general, afinado por siglos de cultura y de experiencia. El individualismo absoluto es una tontería. Uno puede estar aislado en su medio particular y temporal; pero cada uno de nuestros pensamientos y cada uno de nuestros sentimientos encuentra, ha encontrado y encontrará su eco en la humanidad. El eco es inmenso, resonante, para ciertos hombres representativos que grandes fracciones de la humanidad adoptan como guías, reveladores y reformadores; pero no es nulo para nadie. Toda manifestación sincera del alma, todo testimonio prestado á una convicción personal, sirve á alguien y á algo, aun en el caso de que no se sepa, que se coloque una mano sobre vuestra boca ó se ponga un nudo corredizo en vuestra garganta. Una palabra dicha á alguien conserva un efecto indestructible, como un movimiento cual-

¹ *Los que no sois caritativos, temblad ante mi extraño suplicio; con el cual Dios no venga á su divinidad, sino á la humanidad.*

quiera se metamorfosea sin anonadarse. He ahí, pues, una razón para no reír, para no callarse, para afirmarse y para obrar. Es necesario tener fe en la verdad; es preciso buscar lo verdadero y difundirlo; es preciso amar á los hombres y servirlos.

Apresurémonos á ser buenos

16 de diciembre, 1868.—Estoy angustiado por mi pobre y dulce amigo Carlos Heim... Desde el 30 de noviembre yo no he vuelto á ver la letra del querido enfermo que me dió entonces su último adiós. Qué largas me han parecido estas dos semanas! Cómo he comprendido la necesidad de recoger las últimas palabras, las últimas miradas de aquellos á quienes se ha amado! Estas comunicaciones son como un testamento: tienen un carácter solemne y sagrado que no es, sin duda, un efecto de nuestra imaginación. Lo que va á morir participa, hasta cierto punto, de la eternidad. Parece que un moribundo nos habla desde más allá de la tumba: lo que dice nos parece una sentencia, un oráculo, un mandato. Hacemos de él un semiviviente. Y ciertamente que para aquel que siente que se le escapa la vida y se abre el ataúd, ha sonado la hora de las palabras solemnes. El fondo de su naturaleza debe aparecer, lo divino que está en él no tiene ya nada por qué ocultarse. Oh! no esperemos, para ser justos, compasivos, demostrativos con aquellos que amamos, que ellos, ó nosotros, seamos heridos por la enfermedad ó amenazados de muerte. La vida es corta y nunca sobra el tiempo para regocijar el corazón de aquellos que han hecho con nosotros la sombría travesía. Apresurémonos á ser buenos.

La moral de los sexos

1º de abril, 1870.—Me arraigo en la creencia de que para la mujer el amor es la autoridad supre-

ma, aquella que juzga de todo lo demás y decide del bien. Para el hombre el amor está subordinado al bien; es una gran pasión; pero no es, en modo alguno, la fuente del orden, el sinónimo de la razón, el criterio de la excelencia. Parece, pues, que la mujer tiene por ideal la perfección del amor, y el hombre la perfección de la justicia. En este sentido, San Pablo pudo decir que la mujer es la gloria del hombre, y el hombre la gloria de Dios. Así, la mujer que se absorbe en el objeto de su ternura, está, por decirlo así, en la línea de la naturaleza, es verdaderamente mujer, realiza su tipo fundamental. Por el contrario, el hombre que encerrara su vida en la adoración conyugal y que creyera haber vivido bastante haciéndose el sacerdote de una mujer amada, no sería más que un semi-hombre, despreciado por el mundo y quizá desdeñado secretamente por las mismas mujeres. La mujer verdaderamente amada desea perderse en la radiación del hombre escogido por ella, quiere que su amor haga al hombre más grande, más fuerte, más varonil y más activo. De éste modo, cada sexo está en su papel: la mujer está más bien destinada al hombre y el hombre á la sociedad: la primera se debe á uno, el segundo á todos. Y cada uno de ellos no encuentra su paz ni su dicha más que cuando ha descubierto esta ley y aceptado este equilibrio. La misma cosa puede ser buena en la mujer y mala en el hombre: valentía en aquella, debilidad en éste.

Hay, pues, una moral femenina y una moral masculina, como capítulos preparatorios de la moral humana; por bajo de la virtud angélica y sin sexo, hay una virtud *sexuada*. Y esta es ocasión de una enseñanza mutua; cada una de las dos encarnaciones de la virtud se aplica á convertir á la otra: la primera predicando el amor á la justicia, la segunda la justicia al amor; de donde resultan una oscilación y un promedio que representan un estado social, una época, y á las veces una civilización entera. Tal es al menos nuestra idea europea de la armonía de los sexos en la jerarquía de las funciones.

Los justos

26 de octubre, 1870.—Siroco. Cielo azulado. Toda la corona de los árboles ha caído á sus pies. El dedo del invierno le ha tocado.—La mandadera acaba de llevar mis cartas... Pobre mujercita! Qué existencia! Pasa sus noches en correr de su marido enfermo á su hermana, que no lo está menos, y sus días en trabajar. Resignada, infatigable, va siempre sin quejarse hasta que cae.

Semejantes vidas prueban algo: que la ignorancia verdadera es la ignorancia moral; que el trabajo y el sufrimiento son el dote de todos los hombres, y que la clasificación por el más ó menos de tontería no vale lo que la que se funda en el más ó el menos de virtud. El reino de Dios no es para los más ilustrados, sino para los mejores, y el mejor es el más abnegado. El sacrificio humilde, constante y voluntario constituye, pues, la verdadera dignidad humana. Por eso está escrito que los últimos serán los primeros. La sociedad se basa en la conciencia, y no en la ciencia. La civilización es ante todo una cosa moral. Sin la honradez, sin el respeto al derecho, sin el culto al deber, sin el amor al prójimo, en una palabra, sin la virtud, todo está amenazado y todo cruje; y no son las letras, las artes, el lujo, la industria, la retórica, el guardia civil ni el aduanero quienes pueden sostener en los aires el edificio que peca por su base.

El Estado fundado únicamente en el interés y cimentado exclusivamente en el miedo, es una construcción innoble y precaria. El subsuelo de toda civilización es la moralidad media de las masas y la práctica suficiente del bien. El deber es quien lo soporta todo. Aquellos que lo cumplen en la sombra y dan un buen ejemplo, son, pues, la salud y el sostén de ese mundo brillante que los ignora. Diez justos hubieran hecho que Sodoma fuera perdonada; pero hacen falta muchos millares de buenas gentes para preservar á un pueblo de la corrupción y del hundimiento.

Si la ignorancia y la pasión comprometen la moralidad popular, es preciso decir que la indiferencia moral es la enfermedad de las personas muy cultas. Esta separación entre las luces y la virtud, entre el pensamiento y la conciencia, entre la aristocracia intelectual y la multitud honrada y grosera, es el mayor peligro para la libertad. Los refinados, los irónicos, los escépticos, los bellos ingenios, denuncian, con su multiplicación, la desorganización química de la sociedad. Ejemplos: el siglo de Augusto y el de Luis XV. Los aburridos burlones son egoístas que se desligan del deber general y eluden todo esfuerzo, no impidiendo ninguna desgracia. Su finura consiste en no tener ya corazón. Con esto se alejan de la verdadera humanidad y se acercan á la naturaleza demoniaca. Qué es lo que faltaba á Mefistófeles? Ciertamente no era el ingenio, sino la bondad.

Confidencias involuntarias

16 de noviembre, 1870.—Hay algo de conmovedor, de vertiginoso, de inefable en mirar al fondo de un abismo, y cada alma es un abismo, un misterio de amor y de piedad. Siempre experimento una especie de sagrada emoción al penetrar hasta el último fondo de este santuario, al oír el suave murmullo de las plegarias, de los lamentos, de los himnos que brotan de las profundidades del corazón; con tierna piedad y un pudor completamente religioso, asisto yo á estas confidencias involuntarias. Esto me parece maravilloso como la poesía, y divino como todo nacimiento. Me callo, me inclino y adoro, y cuando puedo, también consuelo y fortifico.

El sufragio universal

16 de febrero, 1874.—Los Cleones de todos los tiempos siempre han gritado á las multitudes, que ya tienen en sí la fuerza y hasta, según la idea republicana, el derecho, que son además la luz, la sabiduría, el pensamiento y la razón. La adula-

ción de la multitud para convertirla en instrumento: tal es el juego de esos escamoteadores y prestidigitadores del sufragio universal. Afectan adorar al maniquí de cuyo hilo tiran.

La teoría del radicalismo es una truhanería, porque supone premisas cuya falsedad sabe, fabrica el oráculo cuyas revelaciones finge adorar, dicta la ley que pretende recibir, proclama que la multitud se crea un cerebro, cuando el hábil es el cerebro que piensa por la multitud y le sugiere aquello cuya invención se le atribuye. Adular para reinar constituye la práctica de los cortesanos de todos los absolutismos, de los favoritos de todos los tiranos. Es antigua y vulgar; pero no por ello menos odiosa.

La política honrada no debe adorar más que á la justicia y á la razón y predicarla á las multitudes, que, por término medio, representan la edad de la infancia y no la de la madurez. Se corrompe á la infancia al decirle que no se puede engañar y que tiene más luces que los que le han precedido en la vida; se corrompe á las multitudes cuando se les dice que son la sabiduría y clarividencia y que poseen el don de la infalibilidad.

Montesquieu ha hecho la delicada observación de que cuantos más sabios se junten se obtendrá de su reunión menor sabiduría. El radicalismo pretende que cuantos más iletrados y gentes apasionadas é irreflexivas, sobre todo jóvenes, se reúnan, más luz se desprenderá. Es precisamente la recíproca de la otra tesis, pero también es una insulsez. Lo que brota de una multitud es un instinto ó una pasión; el instinto puede ser bueno, pero la pasión puede ser mala. Y ni el instinto da una idea clara, ni de la pasión brota una resolución justa.

La multitud es una fuerza material; la multitud da á una proporción fuerza de ley; pero el pensamiento prudente, maduro, que todo lo tiene en cuenta, y que, por consiguiente, posee la verdad, nunca es engendrado por la impetuosidad de las masas. Las masas son la materia de la democracia; pero la forma, esto es, las leyes que espresan la

razón, la justicia y la utilidad general, es producida por la sabiduría, que, en manera alguna, es una propiedad universal.

El parallogismo fundamental de la teoría radical consiste en confundir el derecho de hacer el bien con el bien mismo, y el sufragio universal con la sabiduría universal. Su ficción legal es la de la igualdad efectiva de las luces y méritos de todos aquellos que declara electores. Pero puede muy bien acontecer que los electores no quieran el bien público, y que, aunque lo quieran, se engañen sobre la manera de realizarlo. El sufragio universal no es un dogma, es una herramienta, según la población á que se entrega, presta grandes servicios al propietario ó le mata.

En el cementerio

CLARENS, 7 de agosto, 1874.—Día perfectamente bello, luminoso, límpido y deslumbrante.

He pasado la mañana en el cementerio. El *Oasis*¹ estaba admirable. Sensaciones innúmeras, dulces y graves, solemnes y apacibles... En derredor de mí el último sueño de los rusos, de los ingleses, de los suecos, de los alemanes que han venido á dormir á la sombra de Cubly; esplendores del paisaje, misterio de los follajes, rosas abiertas, mariposas, rumor de alas, murmullo de pájaros, escapadas, vapores lejanos, montañas en éstasis, lago de un azul amoroso...

Dos señoras jardineaban y regaban una tumba; dos nodrizas amamantaban á sus muñecos. Esta doble protesta contra la muerte tenía algo de tierno y de poético. «Dormid, difuntos; nosotros los

¹ Nombre dado por Amiel al cementerio de Clarens en la composición *Jour á jour*, que comienza así:

*Calme Eden, parvis discret,
Qui fleurit, toute l'année...*

Tranquilo Edén, discreto cementerio, que florece todo el año...

vivos pensamos en vosotros, ó, cuando menos, proseguimos la peregrinación de la especie». Tal es la voz que yo creía oír... He reconocido en el Oasis de Clarens el paraje donde quisiera dormir con gusto. Aquí me rodean mis recuerdos, aquí la muerte se asemeja al sueño y el sueño á la esperanza.

La esperanza no está prohibida; pero lo esencial es la sumisión y la paz.

Charlatanismo

GINEBRA, 6 de noviembre, 1877.—Hablamos del amor muchos años antes de conocerle, y creemos conocerle porque le nombramos ó repetimos lo que de él oímos á las gentes, ó lo que de él leemos en los libros. Así, hay ignorancias de varios grados, y grados de conocimiento completamente ilusorios. Llega á constituir el perpetuo fastidio de la sociedad ese torneo de verbosidades impetuosas é inagotables con apariencias de saber las cosas porque habla de ellas, de creer, de pensar, de amar y de buscar, cuando todo ello no es más que apariencia y conversación. Lo peor es que, que estando el amor propio detrás de esta conversación, tales ignorancias son comunmente afirmaciones feroces: los chismes se toman por opiniones, los prejuicios se establecen como principios. Los papagayos se consideran seres pensantes, las imitaciones se dan por originales, y la urbanidad exige que se pase por esta convención. Esto es enojoso.

El lenguaje es el vehículo de esta confusión, el instrumento de este fraude inconciente, y estos males se hallan prodigiosamente aumentados por la instrucción universal, por la prensa periódica y por todos los procedimientos de vulgarización actualmente difundidos. Todos remueven fajos de papel-moneda; pocos han palpado oro. Se vive sobre signos, y hasta sobre signos de signos; nunca se han tenido ni comprobado las cosas. Se juzga de todo y no se sabe de nada.

Qué pocos son los seres originales, individuales y sinceros que valgan la pena de que se les escuche! En la mayor parte el verdadero yo está sumido en una atmósfera prestada.. Cuán pocos son otra cosa que tendencias, animales cuyo lenguaje y dos pies es lo único que de ellos recuerda su naturaleza superior!

La inmensa mayoría de nuestra especie representa la candidatura á la humanidad y... nada más. Virtualmente somos hombres, podríamos serlo, deberíamos serlo; pero no llegamos á realizar el tipo de nuestra raza. Los semblantes de hombres y las falsificaciones de hombres llenan la tierra habitable, pueblan las islas y los continentes, los campos y las ciudades. Cuando se quiere respetar á los hombres, hay que olvidar lo que son y pensar en el ideal que llevan oculto, en el hombre justo y noble, inteligente y bueno, inspirado y creador, leal y veraz, fiel y constante; en una palabra, en el hombre superior, en el ejemplar divino que llamamos un alma. Los únicos hombres que merecen ser llamados tales, son los héroes, los genios, los santos, los seres armoniosos, poderosos y completos.

Son pocos los individuos que merecen se les escuche; todos merecen se les mire con una curiosidad compasiva y una clarividencia humilde. No somos todos náufragos, enfermos, condenados á muerte? Que cada cual trabaje en su perfeccionamiento y no vitupere á nadie más que á sí mismo, y todo andará mejor para todos. Sea la que quiera la impaciencia que nos causa el prójimo, y sea la que fuere la indignación que nos inspire nuestra raza, estamos encadenados juntos, y los compañeros de galera se esponen á perderlo todo con las recriminaciones y reproches mutuos. Callemos, ayudémonos, tolerémonos unos á otros, y hasta amémonos. A falta de ternura, tengamos piedad. Dejemos en el suelo el látigo de la sátira, el hierro rojo de la cólera; es preferible el aceite y el vino del caritativo Samaritano. Se puede estraer del ideal el desprecio; pero es más bello sacar de él la bondad.

Un apacible rincón

10 de mayo, 1878.—Vuelvo de un paseo solitario: he oído los ruiseñores, visto el lilar blanco y floridos los verjeles. Mi corazón está inundado de impresiones causadas por los grillos, las oropéndolas, los pinzones, las primulas y los oxiacantos. El cielo mate gris, acolchado, cubre con su melancolía los esplendores nupciales de la vegetación. Han removido mi corazón recuerdos dolorosos: en el prado del Obispo, en Jargonnant y en Villereuse me han saludado con aspecto triste veinte fantasmas de juventud. Los muros habían cambiado y volví á encontrar devastados caminos en otro tiempo sombríos y soñadores. Pero á los primeros trinos del ruiseñor se ha apoderado de mi alma una emoción dulce: me he sentido apaciguado, agradecido, enternecido, en disposición para la contemplación serena. Cierta caminito, reino del verde, con surtidor de agua, sotos, ondulaciones del suelo y abundancia de aves cantoras, me han embelesado y causado un bienestar indefinible. Este apacible rincón me ha suavizado el corazón. Bien lo necesitaba.

Paisaje

7 de febrero, de 1880.—Niebla y escarcha; pero aspecto de país de las hadas, que en nada se asemeja á los aspectos lúgubres de París y Londres de que hablan los periódicos.

Este paisaje de plata tiene una gracia de ensueño, una elegancia fantástica que no conocen ni los países de sol ni los países de la hulla. Parece que los árboles pertenecen á otra creación, en que el blanco ha remplazado al verde. Viendo estas calles de árboles, estos bosquecillos, estas espesuras, estas arcadas, estos encajes, estas girándulas, no se suspira por otra cosa; su belleza es original y se basta, tanto más si nos fijamos en que el suelo se halla espolvoreado de blanco; el cielo, esfumado de bruma; las lejanías, muy dulces y muy lisas, for-

man una gama encantadora para la vista y un conjunto lleno de armonía. Ninguna dureza: todo está alfombrado. En mi encanto, he renovado mi paseo antes y después de comer. La impresión es la de una fiesta, y las tintas apagadas no son, ó no parecen ser, más que una coquetería del invierno, que ha hecho la apuesta de pintar algo sin sol, y de encantar, á pesar de ello, al espectador.

Sin trabajo

21 de marzo, de 1881.—Esta vida de enfermo es demasiado epicúrea. He aquí que, de cinco á seis semanas, no hago otra cosa que tener paciencia, cuidarme ó distraerme, y en eso está la saciedad. Lo que me hace falta es trabajo. El trabajo es el condimento de la existencia. La vida sin objeto, la vida sin esfuerzo, tiene algo de insípida. La pereza acarrea la languidez, y de la languidez procede el disgusto. He aquí, por otra parte, la nostalgia primaveral. Esta es la estación de los deseos vagos, de las sordas molestias, de las aspiraciones confusas y de los suspiros sin objeto. Sueña uno completamente despierto. Se busca á tientas yo no sé qué. Se llama á algo que no tiene nombre, á menos que no sea la dicha ó la muerte.

*
* *

Los verdaderos dichosos son buenos; como los buenos, visitados por la prueba, se hacen mejores. Los que no han sufrido son ligeros; pero quien no tiene dicha apenas la sabrá dar. No se da más que de lo que se tiene. La dicha, el disgusto, la alegría y la tristeza, son de naturaleza contagiosa. Aportad vuestra salud y vuestra fuerza á los débiles y á los enfermos, y de esta manera les seréis útiles. Comunicadles, no vuestros desfallecimientos, sino vuestra energía, y los levantaréis. Sólo la vida reanima la vida. Lo que debemos á los demás no es nuestra sed y nuestra hambre, sino nuestro pan y nuestra cantimplora.

*
* *

Para la dirección de la vida sirven mejor los hábitos que las máximas; porque el hábito es una máxima viva convertida en instinto y en carne. Reformar sus máximas no es nada: es cambiar el título del libro. Tomar nuevos hábitos es todo, porque es llegar á la vida en su sustancia. La vida no es más que un tejido de hábitos.

*
* *

Quien se calla, es olvidado; quien se abstiene, es cogido por la palabra; quien no avanza, retrocede; quien se detiene, es adelantado, anticipado y aplastado; quien deja de crecer, ya declina; quien desiste, abdica; el estado estacionario es el principio del fin, el síntoma formidable y precursor de la muerte. Así, pues, vivir es triunfar sin cesar, es afirmarse contra la destrucción, contra la enfermedad, contra la anulación y la dispersión de nuestro ser físico y moral. Vivir es, pues, querer sin descanso ó restaurar cotidianamente su voluntad.

*
* *

El ideal que se forja la esposa y la madre, la manera como ella entiende el deber y la vida, contienen la suerte de la comunidad. Su fe se convierte en la estrella de la barca conyugal, y su amor en el principio vital que forma el porvenir de todos los suyos. La mujer es la salud ó la pérdida de la familia. Ella lleva sus destinos en los pliegues de su manto.



Editor: — J. GARCÍA MONJE

APARTADO 533



SAN JOSÉ, C. R.

GLOSARIO ¹

Ahasverus, famoso personaje de leyenda, conocido también con el nombre de *El Judío Errante*.

Aljofarar, adornar con aljófares ó perlas.

Arcanas (voces), secretas.

Ariel, espíritu del aire. «el más delicado, amable y seductor de los espíritus de la Naturaleza». ARIEL se llama esta COLECCIÓN en memoria del duendecillo inteligente y bondadoso, travieso alegre, que sirve al sabio mago Próspero en *La Tempestad*, una de las lindas comedias del gran poeta inglés Guillermo Shakespeare. ARIEL simboliza la conducta generosa, la vida noble y espiritual del hombre. Contrasta su risueño carácter con el de otro personaje de la misma comedia, el del monstruoso CALIBÁN, símbolo del egoísmo y de los bajos estímulos.

Arriates, platabandas, cuadrillos con flores ó césped, comunmente en torno de las paredes de un jardín.

Arve, afluyente del Ródano, cerca de Ginebra.

Asidua (meditación), perseverante.

Atonía, debilidad.

Augusta (palabra), venerable.

Augusto, primer emperador romano (vivió de los años 63 á 14 antes de Jesucristo).

Austeridad, severidad.

Barbecho (ángulo en), en reposo.

Beatitud, bienaventuranza, felicidad.

Budismo, doctrina religiosa fundada por Buda en el Indostán, 10 siglos antes de Jesucristo.

Cátedra, empleo de Profesor.

Centauro, monstruo de forma humana hasta la cintura y de caballo lo restante, según lo imaginaron los artistas de la antigua Grecia.

Ciclo, círculo.

Clarens, aldea vecina del lago Liman ó de Ginebra.

Cleones, los demagogos, pretendidos defensores de los intereses del pueblo mientras llegan al gobierno á ejercer la tiranía. Por semejanza con el demagogo ateniense Cleón (siglo V antes de Jesucristo).

Compungido (respeto), doliente, apenado.

Cósmica (vida), que pertenece al conjunto del universo.

Cosmogónicos (ensueños), que se refieren á la creación ú origen del mundo.

Crepitar, chisporrotear, crujir.

Cubly, ciudad vecina del lago Liman.

Chocarrero (ateísmo), grosero.

Dante, poeta italiano (1265 á 1321) y autor de un célebre viaje imaginario por *El Infierno*, *El Purgatorio* y *El Paraíso*, titulado LA DIVINA COMEDIA.

Dogma, un principio

¹ Doy apenas el significado que á mi entender tienen las palabras tal como están empleadas en el texto del presente Epítome.

(religioso, social, político, científico, p. e.) que se tiene por indiscutible.

Dogmática (la), pretende dar certeza á estas ó aquellas opiniones (religiosas, políticas, científicas).

Domeñar, sujetar.

Edificar (una conciencia) conducirla hacia la virtud, la piedad, por ejemplo.

Efusión, expansión.

Ensayista, autor de tratados cortos.

Epicureo (reposo), voluptuoso, placentero.

Epítomes, resúmenes, compendios de lo fundamental que contiene un libro.

Esbozos, ideas vagas simples trazos, delineamientos.

Escapadas, juegos de luz.

Escaramujo, rosal silvestre.

Escéptico (individuo) dispuesto á dudar de todo.

Escrutar, examinar.

Estética (la), busca y señala los distintivos de lo que es bello en las producciones de la naturaleza y del arte.

Estival (tarde) de estío, de verano.

Estoico (dejo), severo, resignado, tranquilo.

Falanje (de ideas), bandada.

Fausto, astrólogo y mago alemán del siglo xvi. Este sabio, según la leyenda, hizo pacto con el Diabloy tuvo á su servicio un espíritu infernal llamado Mefistófeles, genio maléfico, burlón y amargo. Ambos personajes han sido inmortalizados por el ilustre poeta alemán Goethe, entre otros.

Filosofía (la), explica el conocimiento de las cosas por sus causas y efectos: las leyes generales de las ciencias.

Fortuita (coincidencia), casual.

Fosforescente (nimbo), aureola, resplandor que brilla con luz de fósforo.

Furtivo (todo lo que es), escondido.

Galeras, (compañeros de) embarcaciones que en otra época sirvieron de presidio á los forzados.

Gama, gradación de colores.

Genios, los hombres de una inteligencia superior, original é independiente.

Ginebra, ciudad suiza y una de las más cultas é industriales que existen.

Girándulas, esa disposición en ruedas que ya tienen ó que se les da, á las ramas de ciertos árboles.

Haydn, uno de los más grandes músicos de Europa. De sus 5 oratorios, es célebre el de la *Creación*.

Ideario, conjunto de ideas.

Implicar, contener en sí, envolver.

Inanidad, vanidad.

Indiscernibles (molestias) que no se distinguen.

Inefable (pena), que no se puede espresar con palabras.

Inmutable, que no se mueve.

Insulsez, falta de gracia, tontería.

Intuición (instantes de), en que se tienen conocimientos misteriosos.

Irascible, irritable.

Jerarquía, el orden, la gradación.

Joncción, unión de dos corrientes, verificada más abajo de Ginebra.

Lancy, aldea próxima á Ginebra.

Lavy, aldea fronteriza entre los cantones suizos de Vaud y Valais.

Luis XV, rey de Francia, 1723-1774.

Maitines, hora del rezo antes del amanecer.

Mefistófeles, (véase nota *Fausto*).

Metamorfosearse, cambiarse sin destruirse.

Mística (hablando de la religión), que comunica secretamente al hombre y á Dios, con entusiasmo, con sentimiento.

Montesquieu, publicista y filósofo francés del siglo XVIII y autor de un excelente libro: EL ESPÍRITU DE LAS LEYES.

Morosos (hombres) tristes, afligidos.

Munificencia, generosidad espléndida.

Musa Urania, diosa de la Astronomía entre los antiguos griegos.

Nihilista, que en nada cree.

Ortodoxos, conformes con el dogma.

Paralogismo, una conclusión falsa, á la que se llega por ignorancia ó ligereza.

Pascal Carlos, italiano, contemporáneo. Prof. de Geometría descriptiva.

Pedantería, exhibición inoportuna de lo que se sabe.

Platonizar, idealizar.

Precaria (construcción), poco estable.

Prejuicios, opiniones, falsas por lo común, que se adoptan sin examen.

Premisas, antecedentes que sirven de base para sentar una conclusión.

Prescribir, ordenar.

Psicólogo (el), describe y explica ese conjunto de fenómenos generalmente conocidos como manifestaciones del *alma* (psiquis).

Querellas, discusiones.

Quimeras, los sueños favoritos.

Química (desorganización de la sociedad), desorganización profunda de los elementos mismos que componen el cuerpo social.

Ramonear, cortar ramillas.

Rectoral, presbiterio, casa cural.

Reminiscencias, recuerdos.

Retórica, el bien hablar, los bellos discursos.

Ribazos, paredones que flanquean un río, un camino, una sima.

Ródano, río que nace en Suiza y desemboca en el Mediterráneo: pasa por Ginebra.

Salve, cerca de Ginebra.

Saltones, chapulines.

Setos, cercados, cercas.

Sinuosos (espíritus), torcidos.

Siroco, viento caliente que sopla sobre el mar Mediterráneo.

Sotos, bosquecillos.

Sutil (espíritu), agudo, ingenioso.

Tallares, bosques nuevos, listos para la corta.

Tamizar, colar.

Teísmo, creencia en Dios. Se opone al *ateísmo*.

Temerarios (juicios), imprudentes.

Terraza, terrado, azotea.

Topffer Rodolfo, escritor suizo (1799-1846). Sus novelas y cuentos están llenos de jovialidad y ternura.

Torneo, lucha, de charlatanerías, en este caso.

Tortuoso (todo lo que es), que tiene vueltas y rodeos.

Trivialidad, vulgaridad.

Truhanería, fraude, farsa.

Tronada, alharaca.

Turbulencias, alborotos.

Ventisqueros, amontonamientos de nieve en la cumbre de las montañas.

Vestibulo, atrio, portal.

Vía láctea, zona de luz blanca y difusa que atraviesa casi todo el cielo de Norte á Sur.

Zabordar, vararse.